

EL MUNDO

CICLISMO

Tour en vivo: Etapa de media montaña en vísperas de Los Alpes. [http://www.elmundo.es/eventos/en-directo/2015/07/20/23867-tour-en-vivo-etapa-16-bourg-de-peage-gap/?cid=ULTHR22001&s_kw=ciclismo]

TIEMPO RECOBRADO

En la estación de Miranda

PEDRO G. CUARTANGO

Actualizado: 20/07/2015 03:17 horas

36

11

EL RELOJ del andén principal marca las 10.20 de la mañana. Estoy sentado en un banco bajo la elegante cubierta con postes y vigas de acero, importados de una fundición británica hacia 1870. La estación está vacía. Sólo una mujer joven, de pelo muy rubio casi albino, friega meticulosamente las manchas de las losetas rojas del suelo.

A unos pocos metros de aquí, nací yo en 1955. Cuando era muy pequeño, me negaba a comer si mi madre no me sentaba en una trona azul frente a la ventana para ver salir y entrar los trenes. Mi abuelo me traía al lugar donde estoy sentado y luego me llevaba a montar en las máquinas, que eran entonces de vapor. Me impresionaban la caldera y el tender cargado de carbón.

Yo tenía un martillo minúsculo con el que golpeaba las llantas de las ruedas de los vagones y sobre mi mesilla había un tren de acero que había construido mi abuelo. Por aquel entonces, mi padre era el encargado del economato de Renfe, situado a la entrada de la estación. Recuerdo muy bien el olor de las mercancías y, sobre todo, de las grandes garrafas de aceite.

Mi abuelo había entrado en la Compañía del Norte en 1917, pocos días antes de la huelga general. Fue despedido y readmitido. Y 20 años después, estuvo a punto de ser fusilado en la tapia de la estación por unos falangistas que le acusaban de haber hecho el saludo comunista en un paso a nivel.

Su hermano, que era maquinista, murió en los años 40 en acto de servicio. Luego se mató en otro accidente el hermano de mi abuela. Y ya en los años 70, un primo de mi padre perdió la vida cuando descarriló un mercancías cargado de balasto. La locomotora se estrelló contra un túnel.

No sé para qué ha servido el sacrificio de tres generaciones de una familia dedicada al ferrocarril cuando veo esta estación vacía, sin trenes, si gente pero conservada tal y como era hace medio siglo. Si cierro los ojos, surgen imágenes del pasado cuando los andenes estaban repletos de viajeros que esperaban un transbordo, de vendedores, de personal corriendo de un lado para otro.

Era muy emocionante contemplar la llegada de los trenes, que empezaban siendo un punto en el horizonte que se agrandaba hasta que la máquina entraba rugiendo en el andén. Cuando la gente se bajaba de los vagones, yo siempre me preguntaba de dónde venían, a dónde iban quienes eran.

Ahora veo las vías desiertas que se pierden en la hierba alta, como si estuviera en una estación fuera del tiempo que no conduce a ninguna parte. Sólo se escucha el canto de los pájaros mientras luce un espléndido sol que preludia otra nueva jornada de calor.

Me doy cuenta de que, en este mismo banco donde me he sentado muchas veces, estoy indefenso ante el pasado y, tal vez por eso, he venido aquí, al lugar de mi infancia, de los muertos, de las despedidas, de los amores perdidos.

EL RELOJ del andén principal marca las 10.20 de la mañana. Estoy sentado en un banco bajo la elegante cubierta con postes y vigas de acero importados de una fundición británica hacia 1870. La estación está vacía. Sólo una mujer joven, de pelo muy rubio casi albino, friega meticulosamente las manchas de las losetas rojas del suelo.

A unos pocos metros de aquí, nací yo en 1955. Cuando era muy pequeño, me negaba a comer si mi madre no me sentaba en una trona azul frente a la ventana para ver salir y entrar los trenes. Mi abuelo me traía al lugar donde estoy sentado y luego me llevaba a montar en las máquinas, que eran entonces de vapor. Me impresionaban la caldera y el tender cargado de carbón.

Yo tenía un martillo minúsculo con el que golpeaba las llantas de las ruedas de los vagones y sobre mi mesilla había un tren de acero que había construido mi abuelo. Por aquel entonces, mi padre era el encargado del economato de Renfe, situado a la entrada de la estación. Recuerdo muy bien el olor de las mercancías y, sobre todo, de las grandes garrafas de aceite.

Mi abuelo había entrado en la Compañía del Norte en 1917, pocos días antes de la huelga general. Fue despedido y readmitido. Y 20 años después, estuvo a punto de ser fusilado en la tapia de la estación por unos falangistas que le acusaban de haber hecho el saludo comunista en

un paso a nivel.

Su hermano, que era maquinista, murió en los años 40 en acto de servicio. Luego se mató en otro accidente el hermano de mi abuela. Y ya en los años 70, un primo de mi padre perdió la vida cuando descarriló un mercancías cargado de balasto. La locomotora se estrelló contra un túne

No sé para qué ha servido el sacrificio de tres generaciones de una familia dedicada al ferrocarril cuando veo esta estación vacía, sin trenes, si gente pero conservada tal y como era hace medio siglo. Si cierro los ojos, surgen imágenes del pasado cuando los andenes estaban repletos d viajeros que esperaban un transbordo, de vendedores, de personal corriendo de un lado para otro.

Era muy emocionante contemplar la llegada de los trenes, que empezaban siendo un punto en el horizonte que se agrandaba hasta que la máquina entraba rugiendo en el andén. Cuando la gente se bajaba de los vagones, yo siempre me preguntaba de dónde venían, a dónde iban quiénes eran.

Ahora veo las vías desiertas que se pierden en la hierba alta, como si estuviera en una estación fuera del tiempo que no conduce a ninguna parte. Sólo se escucha el canto de los pájaros mientras luce un espléndido sol que preludia otra nueva jornada de calor.

Me doy cuenta de que, en este mismo banco donde me he sentado muchas veces, estoy indefenso ante el pasado y, tal vez por eso, he venid aquí, al lugar de mi infancia, de los muertos, de las despedidas, de los amores perdidos.

Todo lo que soy se halla en este andén vacío, solitario, en el que han quedado grabadas las huellas de un pasado que no se puede recuperar pero tampoco borrar. Aquí estoy, escuchando los ecos de las voces de los desaparecidos. Buscando al niño que miraba con fascinación las máquinas de vapor.

Siempre deseé montarme en un expreso de medianoche y amanecer en un país lejano. Ahora vuelvo al comienzo y me doy cuenta de que todo está aquí o, mejor, de que todo ha estado siempre aquí. Lo que sucede es que he tardado 60 años en descubrirlo. Aquí estoy, escuchando los ecos de las voces de los desaparecidos. Buscando al niño que miraba con fascinación las máquinas de vapor.

Siempre deseé montarme en un expreso de medianoche y amanecer en un país lejano. Ahora vuelvo al comienzo y me doy cuenta de que todo está aquí o, mejor, de que todo ha estado siempre aquí. Lo que sucede es que he tardado 60 años en descubrirlo.